

No es cierto que haya presentado la dimisión el Ayuntamiento de Jativa.

Parece que uno de los presuntos asesinos del capitán de la brigada de conservación de la línea del Grao, a quien se lestaron 30 puñaladas en el cuello hace unos quince días, se ha suicidado en las cárceles de Serranos.

Los ministros, después de la apertura de la Universidad se han reunido hoy en consejo en el ministerio de Gracia y Justicia.

Ayer estuvo el nuncio de su Santidad a visitar al Sr. Calderón Collantes a quien no encontró en el ministerio. El ministro de Gracia y Justicia ha estado hoy a visitar a monseñor Simeoni, con quien ha celebrado una larga conferencia sobre los asuntos pendientes entre España y Rom.

En las oficinas de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA se ha recibido hoy el siguiente TELEGRAMA referente a la cotización de París:

Paris, 30.
El 3 por 100 francés, a 65-17 1/2; el 4 1/2, a 94.75; el 5, a 103.90; el exterior español, con cupón, a 21; sin cupón, a 18 3/4; consolidados ingleses, a 93 3/4.
En el bolsín se han hecho:
El exterior español, a 18 7/8; interior, a 15 7/16.

Brillante, solemne, notabilísima ha sido la ceremonia de la apertura de la Universidad Central verificada hoy. A la una en punto S. M., acompañado del señor duque de Sexto, del general Laserna y de otros varios ayudantes y personajes de su servidumbre, se presentó en la universidad, siendo saludado a su entrada con la marcha real, tocada por la orquesta que dirigía el Sr. Arche, y recibido por todos los ministros, las autoridades civiles de Madrid, el claustro de profesores y todos los decanos de las facultades y directores de las escuelas especiales. La escañada muchedumbre que ocupaba el parapiño acogió también al joven monarca con vivas y entusiastas manifestaciones de afecto.

S. M. ocupó la presidencia, y a su lado se colocaron los ministros, viéndose además entre los doctores y demás concurrentes el gobernador y alcalde de Madrid, el teniente alcalde Sr. Teresa García, el presidente del tribunal Supremo, los directores todos de Fomento, el de Hacienda Sr. Rivero, el subsecretario del mismo ministerio, el de Gracia y Justicia y otros altos funcionarios, algunos con la muceta.

S. M., al ocupar su asiento, mandó a los doctores que se cubrieran y al público que se sentara.

Acto seguido, el joven e ilustrado doctor y catedrático de la facultad de ciencias, D. Gumersindo Vicuña, leyó el discurso de apertura, que es un trabajo digno del crédito de su autor y que fué muy aplaudido al final. El tema del discurso ha sido el estudio sobre el cultivo actual de las ciencias físico-matemáticas en España. El Sr. Vicuña ha hecho una detallada reseña de los progresos de estos estudios en el extranjero y en nuestro país.

Terminado el discurso de apertura se hizo la distribución de premios, entregando S. M. con la más afectuosa sonrisa a los alumnos, según iban siendo llamados, los títulos que recibían del señor ministro de Fomento, a quien se iba pasando a su vez el señor rector por mano del director de Instrucción pública, entregándose primero los concedidos por el rey cuando visitó este establecimiento.

Terminada la distribución de premios, se levantó el señor ministro de Fomento y en nombre del claustro universitario y de la juventud que en las universidades y establecimientos del Estado reciben la enseñanza, dió gracias a S. M. por haberse dignado presidir esta importantísima solemnidad, y de muestras de que comprende que entre los altísimos y difíciles deberes de un monarca es atender al enaltecimiento de la ciencia, primera condición para el conocimiento por parte del pueblo de sus derechos y cumplimiento de sus deberes, circunstancias que constituyen la base de la grandeza y prosperidad de los estados.

El señor ministro hizo observar que el país vería con una viva satisfacción como su rey, aun joven y ya ilustrado por sus propios actos, después de visitar grandes establecimientos, asistir a la inauguración de sus obras y acudir como soldado valeroso y general entendido a dirigir las operaciones de una guerra injusta, devastadora y fratricida, acuda después y en cuanto halla ocasión a marcar con su augusta presencia cuál es el derrotado que la nación y el gobierno deben seguir después de la próxima terminación de la guerra civil, tan contraria a su ventura y sus progresos.

Recordó que esta patria, tan grande por sus tradiciones y sus hechos gloriosos, es harto desgraciada desde hace tiempo, y que su decadencia consiste en el desviarse que se advierte entre las necesidades políticas y la instrucción general, entre las aspiraciones modernas y los elementos necesarios para realizarlas. Mision del gobierno consideró el establecer esta armonía, este nivel y rehacer las perdidas fuerzas del espíritu público, tarea que se prometía ha de llevarse a cabo bajo la patrocinadora égida del joven monarca constitucional, que se considerará feliz uniendo las grandes conquistas de la paz a los antiguos timbres conquistados en la guerra.

Prometió que el gobierno contribuiría a realizar tan nobles fines colocándose en el punto de vista desinteresado del orden y de la libertad, fomentando y generalizando la ilustración, protegiendo la enseñanza pública y vigilando la privada, pues faltaría a su deber si no vigilara esta recomendable recurso de los particulares, y elemento de saludable competencia, de la cual pueden resultar luchas fecundas para la inteligencia y germen copioso de riqueza pública.

A nombre del claustro, ofreció que este coadyuvaría con todos sus esfuerzos a tan envidiable resultado, puesto que tiene elementos para ello, como lo atestiguan los frutos que obtiene la numerosa juventud que a las aulas asiste

y entre la cual descuellan los alumnos que hoy venían a recibir el premio de su estudio y laboriosidad, sirviéndole ejemplo y estímulo para los demás, a quienes recomendó la aplicación y la más severa disciplina, sin la cual no hay adelanto ni progreso posible.

Concluyó dando gracias nuevamente a S. M., con tan sentidas frases, que el claustro con sus aclamaciones se unió a la voz del señor ministro, intérprete fiel y discreto de sus sentimientos.

El joven monarca entonces se levantó, y con serenidad sorprendente, voz entera y clara, frase correcta, pronunciación rápida y castiza y de una manera propia solo de oradores amestrados en la dialéctica (y de este aserto nuestro, porque adulacion no se crea, apelamos al severo e imparcial testimonio de cuantos han asistido al acto de hoy ó hayan escuchado algun discurso de S. M.) pronunció el que a continuación reproducimos tomado en taquigrafía, sintiendo solo que la frialdad de la lectura no lleve en sí la vida, el juvenil ardimiento con que trasmitia el rey sus frases desde el corazón al labio, comunicando su entusiasmo al auditorio.

Señores: El señor ministro de Fomento, en nombre de la universidad Central, me ha dado las gracias por haber venido a presidir en el día de hoy la inauguración del año escolar. Con más razón me corresponde a mí dárselas a cuantos han contribuido a proporcionarme esta ocasión de cumplir con uno de los más altos deberes de un rey: patrocinar y fomentar la instrucción pública.

En graves momentos, en circunstancias bien difíciles, me cabe a mí la honra de estar a la cabeza de nuestra amada y desgraciada patria. Al mirar estos escabiosos, pareceme que era ayer cuando yo trabajaba con afán como escolar, lejos de aquí, deseoso de hacerme digno de mi amada España y sintiendo en mi alma, como ciertamente habeis sentido vosotros, la más noble y profunda emoción, cuando al primer premio venia a coronar mis esfuerzos ó a reanimar mi espíritu. Aviendo de realizar grandes empresas. Ninguna mayor, señores, que la de moralizar é instruir a un pueblo, librándole de la dura y terrible servidumbre de la ignorancia.

Hoy que ya dejé los bancos de la cátedra; hoy que ha llegado el día de la acción, en la sala del Consejo, en el campo de batalla y en medio de los representantes de la ciencia, teaderán siempre todos mis propósitos á conseguir aquellos resultados que han de regenerar a España, devolviéndole la paz, consiguiendo el sacrificio de las pasiones políticas en beneficio del interés común, moralizando é instruyendo a todos sus habitantes y desarrollando los elementos de riqueza que encierra nuestro suelo, para obtener así la regeneración moral, intelectual y material de nuestra patria.

Doloroso es para mí, que en nada he contribuido directa ni indirectamente a encender esta sangrienta lucha civil, que tantas lágrimas cuesta a las madres españolas, a ver que, a pesar de todos mis esfuerzos, aun no

he podido darle el feliz término que todos ansiamos. Esperemos, que la Providencia abreviará estos días de prueba, y que pronto podremos todos dedicarnos a las fructuosas tareas de la paz.

En vosotros, señores catedráticos, fundo grandes esperanzas para aquel suspirado día. Aquí veo representadas todas las carreras del Estado, todas las fuerzas intelectuales que han de reorganizar la nueva España. De estas aulas y de todas las demás de España saldrán el filósofo y el político, que con recto juicio y en provecho de la patria, han de estudiar las árcuas cuestiones que conmueven al mundo moderno; saldrá el historiador, a quien tan ancho campo se le ofrece donde coger laureos ilustrando nuestras pasadas glorias; saldrá el economista, que puede con sus trabajos ser tan útil al aumento de nuestra prosperidad y riqueza.

Entre vosotros veo a los futuros magistrados inflexibles representantes de la ley y de la justicia y la más firme garantía de la propiedad y de la familia; los que dedicándose al estudio y al progreso de las ciencias médicas en todas sus deliberaciones, han de continuar gloriosas tradiciones en bien de la humanidad; y en fin, los que como ha dicho muy bien el Sr. Vicuña, con el potente auxilio de las ciencias exactas han de convertir en frondoso vergel el campo inculto ó inconducido, aprovechando para ello la gran fuente de riqueza que dan los productos de la tierra aumentados ó transformados por el trabajo del hombre. Do aquí han de salir también los que en artes y en letras han de probar que aun no se ha agotado entre nosotros la fecunda vena de nuestro genio nacional y que no es incompatible con el progreso de las ciencias modernas, con la brillante fantasía de nuestros artistas y poetas.

Mi mas cara ilusión, el más glorioso timbre de mi reinado seria que la historia escribiese en sus páginas que si la España de nuestros días no llego como en otro tiempo al apogeo del poder y de la gloria, supo al menos conquistar entre los pueblos cultos de Europa el puesto que merecía, porque deponiendo mezquinas pasiones y bastardos intereses aplicaron sus hijos toda la energía de carácter con que en otros tiempos realizaban gloriosas empresas al estudio de las ciencias y las artes, base de nueva y más duradera grandeza.

El auditorio, que apenas había podido contener su entusiasmo durante algunos períodos del discurso del rey, rompió en un general y ruidoso aplauso antes de acabar las últimas frases, que pronunció con calor extraordinario.

Acto seguido dió el señor ministro de Fomento por terminado el acto y abierto el curso de 7875 á 76, saliendo S. M. como entró, acompañado del claustro, interrumpido su paso por la multitud, victoreado con ardor y saludado por las distinguidas damas que en crecido número ocupaban el local.

Terminado el acto subieron los ministros a la rectoral donde el rector Sr. Lluente dió gracias al Sr. Herre-

ra por la distinción que había dispensado en este día a la Universidad Central y en esta a todas las de España, y el señor ministro de Fomento, a su vez, dió gracias por lo que al brillo del acto habían contribuido el señor rector y los profesores.

Con lo cual terminó una solemnidad que ha de hacer época en los anales universitarios.

Los premios concedidos por su Magestad los han obtenido:

D. Manuel Paz y Sabago, licenciado en ciencias.—D. Ricardo Bertran y Rospido, id. en filosofía y letras.—Don Justo Blasquez y Pensilva, id. en farmacia.—D. Agustín Maizónada y Diaz, id. en medicina.—D. Andrés de Mesa y Dávila, id. en derecho.

Los alumnos que han obtenido premios, recibidos hoy de S. M. son los siguientes:

PREMIOS ORDINARIOS.—D. Alfredo Marzo y González, literatura griega.—D. Juan Alvarado y Sanz, literatura latina.—D. Cayo Ortega Mayor, geografía.—El mismo, lengua árabe.—D. Angel Salcedo y Ruiz, historia universal.—D. Marcelino Méndez Pelayo, estética.—El mismo, historia crítica de la literatura.—D. Gabriel del Corral y Fernández, historia de la filosofía.

Facultad de ciencias.—D. Modesto Condeya y Busquets, dibujo lineal arquitectónico.—D. Pío Vigil Escalera y Blanco, dibujo y paisaje.

Facultad de Derecho.—D. Tomás Pastorana y Rodríguez, Derecho romano, primer año.—D. José Liñan y Eguizabal, Derecho romano, segundo año.—D. Enrique García Alonso, Derecho civil español.—El mismo, Procedimientos judiciales.—D. Rufino Beltran y Escolar, Derecho político y administrativo.—D. Alfredo Suarez Pastor, Instituciones de Derecho canónico.—D. Angel Salcedo y Ruiz, Economía política y Estadística.—D. Julio Bielza y Perun, Hacienda pública.—D. José Cueto y Pazos, Disciplina eclesiástica.—El mismo, Ampliación del Derecho civil y código español.—D. José Corona y Diaz Martín, Filosofía del derecho.—D. Manuel Marañón y Gomez, Legislación comparada.—D. Leon Medina y Brusa, Historia eclesiástica.

Facultad de medicina.—D. Joaquin Carrasco y García Narvarro, primer curso de anatomía.—D. Jaime Vera y Lopez, segundo id. id.—El mismo, fisiología.—D. Gustavo Saenz Díaz y Cala, higiene privada.—D. Gil Pajares y Medina, patología general.—D. Francisco Lopez Ferreira, terapéutica.—D. Fernando Polo y Goraldo, anatomía quirúrgica.—El mismo, patología médica.—D. Miguel Juste y Garcés, id. id.—D. Joaquin Utado y Diaz, obstetricia.—D. Miguel Nalda Bustinara, primero de clínica médica.—D. Antonio Crespo y Carro, segundo de id. id.—D. Nicolás Pardo y Jimenez, primero de Clínica quirúrgica.—D. Enrique Isla y Bolumbieru, clinica de obstetricia.—D. Bernardo Lorodo y Cuesta, higiene pública.—El mismo, medicina legal.—D. Julian Perez y Zuricalday, historia de la medicina.—D. Manuel Tolesa y Latour, histología.

escusándose de no poder satisfacer su curiosidad en aquel momento (aun los empleados más antiguos é inteligentes tienen necesidad de algunas horas para operar investigaciones entre los inmensos registros de la policía), y había prometido enviarle, en la noche de aquel mismo día, una relación tan completa y detallada como fuera posible acerca del baron de Kerjean.

Retrocedamos dos horas y tomemos nota de un hecho casi insignificante en apariencia, pero que sin embargo es indispensable conocer para la mejor inteligencia de lo que sigue.

En el momento en que el carruaje de Mr. de Simeuse franqueaba la puerta monumental de la casa ducal, daba la vuelta a la izquierda en la calle de los Fosos de San Victor, y atravesaba la calle de Clovis, un hombre que vestía el traje mas que modesto de los ganapanes ó mozos de cuerda, abandonaba el guardacanton sobre que estaba sentado, precisamente enfrente del palacio, y se disponía a seguir al carruaje, lo que no ofrecía grandes dificultades para un peaton, a pesar de la fogosidad de los caballos, porque era casi siempre imposible conducir rápidamente un carruaje por las calles en aquella época, estrechas y llenas siempre de gente.

Este ganapan, verdadero ó falso, encontró el medio de mantenerse constantemente á veinte pasos del carruaje que marchaba delante de él. Lo acompañó de aquel modo hasta el palacio del intendente de policía. Se aseguró de que Mr. de Sartines recibía al duque de Simeuse, y una vez adquirida esta certeza, su misión se encontraba sin duda cumplida, pues abandonó el carruaje en cuyo seguimiento había ido hasta entonces, y tomó rápidamente el camino del muelle de San Pablo.

Aquel hombre tenía unas piernas de acero. Ahora que nada le obligaba al parecer a acelerar su paso, devoraba literalmente el espacio. Sin que pudiera decirse que corría, iba tan deprisa como un caballo lanzado al trote, y atropellaba brutalmente a los transeúntes que su mala estrella colocaba

en su carrera y no se separaban con prontitud. De este modo llegó frente de una casa, ó más bien de un pequeño hotel de buena apariencia, de un solo piso y cuyas ocho ventanas daban al Sena. En lugar de levantar y dejar caer el pesado aldabon de la entrada principal, sacó de su bolsillo una llave con la cual abrió una puertecita practica al lado de la grande y penetró en el hotel.

Esta era la habitación de Lucas de Kerjean. Este falso ganapan era Maló, el criado de confianza del baron.

XX.

Un informe de policía.

Bajo la bóveda de la puerta cochera del pequeño hotel del muelle de San Pablo se abría la galería de cristales de una espaciosa escalera que conducía al primer piso.

Maló subió rápidamente los escalones de aquella, atravesó una antecámara de medianas dimensiones, luego una sala amueblada con bastante lujo, pero un poco antiguo, y golpeó ligeramente a una pequeña puerta que disimulaba bajo sus pliegues una colgadura de antiguo terciopelo carmesí.

—¿Eres tú, Maló?—preguntó desde el interior la voz de Lucas de Kerjean.

—Si, señor baron, soy yo.

—Entra: te esperaba.

El criado no se hizo repetir dos veces aquella orden, y penetró en una especie de pequeño salon de fumar ovalado, muy elegante, cuyas paredes estaban enmaderadas de blanco, realzadas por adornos de oro é ilustradas con camafeos mitológicos.

Mr. de Kerjean, medio reclinado sobre un sofá de tapicería de Beauvais, jugaba con las lentejuelas de su cascaca, recorriendo distraidamente las páginas de una novela de Crebillon hijo. En el momento en que Maló traspasó el dintel del saloncito, el gentil-hombre dejó caer el libro, preciosamente encuadernado en piel roja con el canto dorado.

El criado saludó y se mantuvo de pió a alguna distancia de su amo, en una actitud discreta y respetuosa.

—Puesto que ya estás de vuelta,—dijo Lucas de Kerjean,— es que sin duda ha ocurrido algo nuevo.

—Así es, señor baron.

—¿Y qué es lo que ocurre?

—El señor duque de Simeuse ha salido de su palacio.

—¿En coche, ó a pié?

—En su carruaje, señor baron.

—¿Le has seguido?

—El señor baron me había dado esa orden.

—¿A dónde ha ido?

—Directamente al palacio del señor intendente de policía.

El baron de Kerjean no manifestó sorpresa alguna.

—Eso debía suceder,—murmuró el baron,—estaba seguro de que lo haría.

Después repuso en alta voz:

—Naturalmente, Mr. de Sartines habrá recibido al señor duque de Simeuse?

—Si, señor baron, al momento. He dejado sin perder un minuto la pista, y he corrido á prevenir al señor baron.

—Has hecho bien. Voy á salir.

—¿Mando que enganchen?

—Es inútil, saldré á pié. Vas á vestirme.

—¿Qué traje quiere el señor baron?

—El traje completo color de tabaco de España, con la pequeña peluca redonda y el sombrero negro sin galones. Voy á ser durante una hora ó dos un puro y simple particular de París.

—¿El señor baron se vá á vestir en este salon?

—No, en mi cuarto; vó á preparar todo, que allá voy.

Una sencilla mampara de seda de China separaba aquel salon de la alcoba á que vamos á conducir á nuestros lectores, que creemos quedará suicientemente deserta, cuando digamos que ofrecía un exacto especimen al estilo de Luis XV en sus más graciosas presunciones.

Maló apoyó el dedo sobre uno de los adornos del maderaje de aquella habitación. Una puerta de la que ningún indicio exterior acusaba su existencia, se abrió de repente y dejó espedita la entrada de una segunda habitación muy curiosa á buen seguro y digna de atención en el sentido de que parecía la tienda de un sastre, ó el almacén

de un cambalachero infinitamente más que el tocador y ropero de un gentil-hombre.

En efecto, las paredes desaparecían completamente bajo una enorme cantidad de trajes de todos colores y de todas formas, unos al lado de otros sobre perchas y colocados en perfecto orden.

¡Seguramente el guarda-ropa de un teatro de primer orden hubiera sido menos rico!

Cada una de las clases de la sociedad, las más humildes como las más elevadas, se encontraban representadas en aquella colección por un traje, viejo ó nuevo, harapiento ó reluciente.

Trajes de gentil-hombre, de ortesano, de criado, de sacerdote, de mujer, de la clase media, de mercader, de oficial, de simple soldado, de mozo de cuerdas, de carbonero, de trapero, de obrero y muchos más, estaban allí completos.

Una mesa larga y estrecha colocada en medio de la pieza, soportaba sombreros de todas formas, pelucas de todos colores, bastones, cañás, espadas, pistolas y puñales.

En aquella mesa no faltaba nada, desde el peinado hasta el calzado.

Entre aquellos trajes tan numerosos y variados, es donde Maló buscó el traje completo color de tabaco de España pedido por Kerjean.

Algunos minutos bastaron al baron para su tocado. Medias chinas y zapatos llenos de clavos de cobre, reemplazaron á las medias de seda y á los zapatos con tacon encarnado. Algunas arrugas habilmente imitadas con lápiz negro enrejearon á Lucas lo menos en una decena de años. Además, la pequeña peluca redonda y el sombrero negro con las alas abarquilladas modificaron la fisonomía del gentil-hombre hasta el extremo de desconocerle.

A la sortija que brillaba en el dedo anular de la mano izquierda, sustituyó un anillo de hierro cuya piedra llevaba grabada en hueco una antorcha encendida.

Entre muchos bastones eligió un grueso junco con puño de marfil en forma de pico de cuervo. Puso en el bolsillo de su cascaca un puñado de monedas de oro, y después de haber